

EL AUTOR

Francisco de Quevedo y Villegas nació en el año 1580 en Madrid. Era de familia noble y con cargos en la Corte: su padre, don Diego Gómez de Quevedo, era el secretario particular de la princesa María y posteriormente de la reina Ana, cuarta esposa del rey Felipe II. A la edad de seis años se quedó huérfano. Se educó con los jesuitas en el colegio Imperial de Madrid y posteriormente se licenció en Artes en la Universidad de Alcalá.

En 1601 se traslada a Valladolid para continuar sus estudios en Teología en la Universidad de Valladolid y para estar cerca de la corte, que llevaba ya un año instalada en esta ciudad. Permanecerá allí hasta 1605, año en el que la corte, y también Quevedo, regresan a Madrid. Durante este período se dio a conocer como escritor, y Pedro de Espinosa, en su antología *Flores de poetas ilustres* de 1603 (publicada en 1605), recogió 18 poemas de Quevedo.

De vuelta a Madrid, Quevedo conoce al duque de Osuna, virrey de Sicilia entre 1610 y 1616, al que prestará sus servicios, sobre todo en Italia, y al que le unirá una gran amistad. Como recompensa a sus servicios, Quevedo obtiene el hábito de la Orden de Santiago en 1618. Cuando el Duque cae en desgracia Quevedo es arrastrado con él, por lo que es desterrado a la Torre de Juan Abad en 1620.

Vuelve a la Corte gracias a la ascensión al trono de Felipe IV. En 1632 es nombrado secretario del rey.



Se casa en 1634, pero su matrimonio fracasa a los pocos meses. En 1639, debido a un escrito contra la política del Conde-Duque, Quevedo es detenido en casa del duque de Medinaceli y encarcelado en el convento de San Marcos de León, en el que permanecerá cuatro años. Cuando sale está ya muy enfermo; renuncia a volver a la Corte y se retira a la Torre de Juan Abad.

Tras haber vivido varios reinados, guerras, sublevaciones, etc., Quevedo muere el 8 de septiembre de 1645 en Villanueva de los Infantes.



L A O B R A

Quevedo es un escritor del barroco español que fue conocido por su gran agudeza e ingenio a la hora de componer textos de toda clase, pero, sobre todo, es conocido por ser uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos.

Dentro de su producción encontramos textos políticos, filosóficos, morales, pero son sus escritos satíricos (como «Érase un hombre a una nariz pegado» o los *Sueños*) los que le darán a conocer entre el gran público. También serán de gran importancia sus poemas amorosos, donde aparece el famoso soneto «Amor constante más allá de la muerte».

El Buscón es su única novela. Fue escrita hacia 1605 y debió de circular de forma manuscrita hasta que se publicó en 1626, sin el permiso ni la intervención de Quevedo. Cuenta la historia del truhán Pablos de Segovia dentro de la tradición picaresca, asumiendo las características de este género de principio a fin: el pícaro narra en primera persona, en una carta dirigida a vuestra merced, su propia historia, llena de fortunas y adversidades, en la que su origen vil determinará su afán de mejorar socialmente a través del servicio a varios amos.

Criterios de adaptación de esta obra

Esta adaptación se basa en la edición del texto de Quevedo, realizada por Florencio Sevilla e incluida en el libro *La novela picaresca española*, Madrid, Castalia, 2001.

En la adaptación se ha mantenido completamente la estructura del texto fuente y, en la medida de lo posible, se ha intentado mantener el estilo del autor. Por otro lado, se han suprimido o resumido numerosas digresiones, que no afectaban al significado del relato. Asimismo, se han adaptado bastantes juegos lingüísticos, muy típicos del estilo del autor, que podrían entorpecer bastante la lectura a un estudiante de este nivel de español.

El Buscón

LIBRO PRIMERO



CAPÍTULO PRIMERO

◀1

Donde se cuenta quién es el Buscón

Yo, señora, soy de Segovia; mi padre se llamó Clemente Pablo, y nació también allí (¡Dios le tenga en el cielo!). Según dicen todos, fue barbero.* Dicen que era de muy buena cepa* y, por lo que bebía, es fácil de creer. Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Se sospechaba en el pueblo que no era cristiana vieja,¹ pero ella, por los apellidos de su familia, pensaba que era descendiente del Cielo.

Mi madre padeció mucho recién casada, y aun después, porque las malas lenguas² decían que mi padre era ladrón. Se demostró que a todos los que mi padre afeitaba la barba a navaja,* mientras les daba con el agua levantándoles la cara, un hermano mío de siete años les robaba muy fácilmente todo lo que llevaban en los bolsillos. El pobrecito murió de unos azotes³ que le dieron en la cárcel y mi padre lo sintió mucho.

¹ *Cristiana vieja*: se llamaban cristianos viejos a aquellas personas cuyas familias habían sido siempre cristianas, ni judías ni musulmanas.

² *Las malas lenguas*: expresión coloquial que hace referencia a las personas a las que les gusta hablar de la vida de los demás y crear rumores.

³ *Azotes*: golpes dados con la mano o con un palo o unas cuerdas.

Por estas y otras cosas mi padre también estuvo preso y le sacaron por las calles montado en un asno.*

Mi madre no tuvo tantas penas. Una vieja que me crio decía de ella que agradaba a todos. Fue famosa por devolver la virginidad a las doncellas* que la habían perdido y por resucitar cabellos cubriendo canas.⁴ La llamaban alcahueta.⁵

Mis padres discutieron sobre a quién debía imitar yo en el oficio. Mi padre me decía:

—Hijo, esto de ser ladrón es un saber. Quien no hurta* en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles⁶ y los jueces nos desprecian tanto? Pues porque ellos quieren ser los únicos ladrones. Con este oficio he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido.

—¿Cómo que me has sustentado? —dijo ella enfadada—. Yo te he sustentado a ti sacándote de las cárceles y manteniéndote con dinero cuando estabas en ellas. Y si no confesabas, ¿era por tu propia voluntad o por las bebidas que te daba? Y por temor a que me escuchen en la calle no digo lo de cuando entré por la chimenea y te saqué por el tejado.

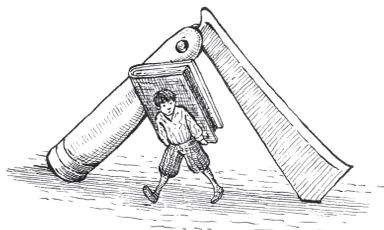
Los tranquilicé diciendo que quería aprender modales y que para eso tenía que ir a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Lo discutieron entre los dos y les pareció bien. Salieron

⁴ *Resucitar cabellos cubriendo canas*: teñir el pelo.

⁵ *Alcahueta*: persona que facilita encuentros entre los amantes, y también bruja.

⁶ *Alguaciles*: personas de la justicia.

y me quedé solo, dando gracias a Dios por tener unos padres que tanto se preocupaban por mí.



CAPÍTULO SEGUNDO

◀2

Donde se cuenta lo que le sucedió en la escuela

Al día siguiente ya me habían comprado la cartilla⁷ y habían hablado con el maestro. Él me recibió muy alegre en la escuela, diciendo que tenía cara de hombre inteligente y de buen entendimiento. Y yo, por no desmentirle, di muy bien la lección aquella mañana. El maestro me sentaba a su lado por ser el primero en llegar a clase. También me iba el último para hacer algunos recados* a la mujer del maestro. Por esta razón, me favorecía demasiado, y así creció la envidia* entre los demás niños. Yo me juntaba con todos, también con los hijos de caballeros y personas principales, pero sobre todo con un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el que merendaba y los días de fiesta me iba a jugar a su casa y le acompañaba cada día. Los otros, o porque no les hablaba o porque les parecía demasiado orgulloso, siempre me ponían nombres relacionados con el oficio de mi padre. Así, unos me llamaban «don Navaja», otros «don Ventosa»; otro decía que no me quería porque mi madre le había chupado⁸ dos hermanitas pequeñas de noche.

⁷ *Cartilla*: cuaderno pequeño en el que aparecen las letras del alfabeto y los primeros ejercicios para aprender a leer.

⁸ *Chupado*: se refiere a chupar la sangre de niños, práctica atribuida a las brujas.

Aunque yo me avergonzaba, disimulaba* y sufría. Hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces «hijo de una puta y hechicera» y, como me lo dijo tan claro, agarré una piedra y le descalabré.⁹ Me fui corriendo a casa, le conté a mi madre lo que había sucedido y me dijo:

—Hiciste muy bien, así sabrán quién eres. Sólo te equivocaste en no preguntarle quién se lo había dicho.

Cuando la oí, le pedí que me dijera cómo le podía desmentir, o que me dijera si no era hijo de mi padre. Se rio y dijo:

—Muy bien hiciste en romperle la cabeza, que esas cosas no se dicen aunque sean verdad.

Cuando escuché esto, me quedé pasmado.¹⁰ Me dio tanta vergüenza que decidí coger lo que pudiera e irme de casa de mis padres lo antes posible. Cuando volví a la escuela, el maestro me recibió enfadado, hasta que oyó la causa de la pelea y consideró que tenía razón.

Siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, Diego, porque me apreciaba. Sus padres veían que se divertía conmigo, y rogaban a los míos que me dejaran comer y cenar con él, e incluso dormir.

Uno de los primeros días de escuela por Navidad, sucedió que, viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, con fama de converso,¹¹ don Dieguito me dijo:

⁹ *Descalabré*: herí en la cabeza.

¹⁰ *Me quedé pasmado*: me quedé asombrado, atontado.

¹¹ *Converso*: se llamaba así a aquella persona musulmana o judía que se había convertido al cristianismo.

—Mira, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Por agradecer a mi amigo, le llamé así. Se avergonzó tanto el hombre que salió corriendo detrás de mí con un cuchillo en la mano para matarme. Salí huyendo y me metí en casa de mi maestro dando gritos. El hombre entró detrás de mí y el maestro impidió que me matara. Le aseguró que él me castigaría. Y así, aunque la señora le rogó por mí, me mandó que me bajara los pantalones y comenzó a azotarme. Tras cada azote decía:

—¿Diréis más Poncio Pilato?

Yo respondía:

—No, señor.

Y lo respondí veinte veces. Al día siguiente, cuando el maestro me mandó rezar el Credo* con los otros y cuando tenía que decir «sufrió bajo el poder de Poncio Pilato», dije:

—Sufrió bajo el poder de Poncio de Aguirre.

Le dio tanta risa al maestro al oír esto y ver el miedo que tenía, que me abrazó y me prometió que me perdonaría los azotes las dos primeras veces que lo mereciese.

Así pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escribir. Llegaron los Carnavales y, para que nos divirtiéramos, el maestro quiso que alguno se vistiera de rey. Lo echamos a suertes y me tocó a mí.



Llegó el día y salí montado en un caballo viejo y asustadizo.¹² Iba con los demás muchachos por la plaza y, al acercarnos a unos puestos de verduras, mi caballo agarró un repollo* de uno de ellos y se lo comió. La vendedora empezó a dar voces y vino mucha gente. Empezaron a tirarnos zanahorias,* nabos* y otras legumbres.* Me iba a bajar del caballo, pero le dieron tal golpe en la cara, que caímos los dos sobre un montón de estiércol¹³ y basura. Me puse como vuestra merced¹⁴ puede imaginar. Mis compañeros tiraron piedras a las vendedoras y descalabraron a dos. Vinieron los alguaciles y detuvieron a varias vendedoras y a varios de los muchachos.

¹² *Asustadizo*: que se asusta con facilidad.

¹³ *Estiércol*: excremento, caca, mierda animal.

¹⁴ *Vuestra merced*: usted.

También a mí me querían llevar a la cárcel, pero estaba tan sucio que no tuvieron por dónde cogermelo. Cada uno se fue por su lado y yo me fui maloliente¹⁵ a mi casa. Conté a mis padres lo ocurrido y se avergonzaron tanto al verme tan sucio que me quisieron pegar. Yo echaba la culpa al caballo, pero viendo que no era suficiente, salí y me fui a ver a mi amigo don Diego. Le encontré descalabrado en su casa. Sus padres decidieron que no fuera más a la escuela.

Así me encontré con un pueblo escandalizado*, los padres avergonzados, mi amigo descalabrado y el caballo muerto. Decidí no volver a la escuela ni a casa de mis padres y quedarme a servir a don Diego, lo que gustó mucho a sus padres. Escribí a los míos diciéndoles dónde y cómo estaba y que para mi intento de ser caballero era necesario escribir mal.



¹⁵ *Maloliente*: que huele mal.